

Veinte Años después

Jesús Miguel Hernández-Guijo.

Departamento de Farmacología.

Facultad de Medicina. Universidad Autónoma de Madrid.

Estimados lectores, como bien saben, la revista “Actualidad en Farmacología y Terapéutica” (AFT), una de las muchas labores encomiables del Instituto Teófilo Hernando de la Universidad Autónoma de Madrid, cumple en estas fechas sus 20 años como portavoz de la Sociedad Española de Farmacología (SEF). Al igual que también son 20 los años pasados desde mi incorporación al Departamento de Farmacología de la UAM, sede del ITH. Es por ello que me permito escribir estas líneas que pretender reflejar una mirada atrás, una valoración del camino seguido en este tiempo, donde mi carrera profesional y el Instituto Teófilo Hernando han ido de la mano.

Mi carrera académica, como la de tantos otros, ha seguido los pasos determinados en el sistema. Comenzó con mi incorporación al Dpto. de Farmacología, después de una estancia postdoctoral “Marie Curie”, y gracias a un contrato de reincorporación “Ramón y Cajal”. El programa original de estos contratos tenía como objetivo prioritario la estabilización de los mismos como profesor titular durante los cinco años de duración del mismo (no he conocido ningún caso donde este se haya cumplido). Al finalizar el mismo la universidad me estabilizó con la figura de profesor contratado doctor acompañada de una considerable reducción salarial. Afortunadamente, ese año el Ministerio aprobó una petición realizada desde los “Cajales” varios años antes: “si se pretendía estabilizar al Ramón y Cajal equiparándolo laboralmente a profesor titular, al menos que se haga desde un punto de vista salarial...”, con lo que se creó un complemento por excelencia investigadora que compensaba parcialmente la reducción del salario

antes mencionado. Pasados unos años como profesor contratado doctor, y tras la acreditación correspondiente, se accede a la plaza de profesor titular. En mi caso, esta fue impugnada unos meses después por la abogacía del Estado en base a un decreto emitido por el Gobierno ante la situación de crisis económica que imposibilitaba la creación de nuevas plazas de funcionarios (mi caso, como otros muchos, sorprendió a la universidad dado que esta, conocedora de dicha normativa, interpretó equivocadamente que sería de aplicación para los futuros concursos, pero no para los que ya estaban en marcha, de hecho, la abogacía del estado impugnó el nombramiento, pero no la oposición en sí). Afortunadamente, mi universidad tuvo la deferencia de volverme a contratar con la figura anterior a la espera de futuras ofertas de empleo público, dos años después, para volver a obtener, y ya definitivamente, la plaza de profesor titular, que ha culminado estas últimas semanas con la continuación como Catedrático de universidad.

Y en este punto, y en relación a una carrera académica, caben las siguientes preguntas: ¿merecen la pena tantas vicisitudes, trabajo y esfuerzo? (No olvidemos que todo el que se dedica a la investigación, durante muchos años, a mitad de semana ya ha cumplido las 37,5 horas semanales estipuladas en su contrato). ¿Merece la pena tanto sacrificio por esta profesión que, si bien no es discutible la vocación y amor a la misma, lleva aparejada una precariedad laboral y ausencia absoluta de estabilidad hasta más allá de los 35-40 años? ¿Merece la pena esta situación de sacrificio personal en muchas facetas de la vida para buscar una situación profesional, como la que ahora disfruto, en una carrera académica piramidal, donde muchos buenos profesionales se quedan por el camino por falta de oportunidades? Profesionales no afortunados, que después de muchos años de constante trabajo y esfuerzo, y ya con unos años, se encuentran en la incertidumbre, sin estabilidad cuando no en precariedad, condicionando su vida personal, y además, con una formación que les resulta en muchos casos contraproducente cerrándoseles puertas laborales. Aunque soy un firme defensor de que el tiempo pone a cada uno en su sitio, y el que es bueno en esto, acaba encontrando su hueco, ¿no es quizá excesivo en tiempo, esfuerzo y sacrificio?

En relación a esos huecos mencionados en las líneas anteriores, decir, y es otra piedra en los zapatos, que, en muchas ocasiones, y muy lamentablemente, lo encuentran más allá de nuestras fronteras, lejos del país que ha invertido mucho dinero en su formación (la sociedad no es consciente del dinero que cuesta la formación de un investigador, mucho más allá de lo que este puede abonar en concepto de tasas universitarias), en países que aprovechan esta falta de oportunidades en el nuestro para adquirir a coste cero profesionales altamente cualificados y bien formados, no solo en ciencia, sino en gran cantidad de áreas. Todos conocemos innumerables casos de españoles que dirigen grupos o centros de investigación de excelencia allá de nuestras fronteras, y la pregunta es obvia; ¿No podrían estar ejerciendo su labor, dirigiendo esos u otros grupos, esas u otras instituciones, en nuestro país, y que sea este y su sociedad los que se beneficien de ello? Si la pregunta es obvia, la respuesta parece ser que no lo es tanto. Pero no solo me estoy refiriendo a personajes más o menos famosos y conocidos; también hay mucho nombre anónimo, muy numeroso, trabajando en centros extranjeros, realizando ciencia

de primer nivel, una ciencia puntera y de excelencia, bajo el desconocimiento general de nuestra sociedad, y la mirada perdida de nuestros gestores. Para que sirva a modo de ejemplo de esta incompetencia de nuestras administraciones, sin poner nombre, cuento el caso de una viróloga, compañera de curso en la universidad. Esta profesional, después de su formación doctoral, continuó un periodo postdoctoral, no de dos-tres años como es lo habitual, sino de 7 años en una institución extranjera de prestigio. Pasado este tiempo intentó retornar a su país, dio innumerables conferencias y seminarios en muchos centros de investigación, solicitó diversos contratos de reincorporación...pero finalmente no pudo volver en una condiciones dignas para continuar su trabajo, y no me refiero solo desde el punto de vista salarial, y acabó aceptando una oferta de uno de los grandes laboratorios farmacéuticos, unos laboratorios cuyos ingresos, si ya desproporcionados en condiciones normales, están disparándose en los últimos tiempos gracias al desarrollo de una de las vacunas contra el COVID más administradas; y, ¿saben ustedes quién está detrás de esa vacuna? Exacto, esa investigadora que no pudo volver a España forma parte del reducido equipo que ha desarrollado la misma.

Así que, con estas consideraciones, cuando un joven graduado se acerca a mi laboratorio porque quiere iniciar una carrera investigadora, con los ojos brillantes de la ilusión, con un deseo de comerse el mundo, una inquietud por indagar y descubrir, por cuestionarse el por qué de las cosas... me pregunto: ¿qué es lo que debo hacer? ¿Debo animarle y empujarle a seguir una carrera incierta, que si bien puede tener un final feliz, implica un camino duro, lleno de incertidumbre y sacrificio? En esos momentos, aunque sea de forma fugaz, me ronda la duda de si de verdad merece la pena.

Y sobre la respuesta final... pues cada uno que lea estas líneas tendrá la suya, las casuísticas son tan variadas que es más que probable que no se llegará a un consenso. Al que firma estas líneas le ha ido y le va bien, muy bien, tanto desde un punto de vista docente como de investigación, así como de gestión universitaria; pero conozco tantos casos que no, que me es muy complicado dar una respuesta concisa y precisa, que no vaya acompañada por peros. Lo más práctico, a mi entender, y es lo que suelo hacer, es dar toda la información posible a dicho principiante; que conozca al máximo detalle el camino al que quiere incorporarse, sus pros y sus contras, sus alegrías y sus

penas, sus bondades y sus miserias, para que con información completa y precisa tenga las herramientas necesarias para tomar una decisión lo más acertada posible, para que pasado un tiempo y mire atrás no se arrepienta, y si esta decisión es la de continuar...pues ayudarle en todo momento en su formación, lo mismo que otros hicieron conmigo, y a su vez, alguien había hecho con ellos; para continuar, pelear, no desistir, levantarse ante la adversidad, para, al fin, llegar a buen puerto.

Ojalá el sistema ayudara, ojalá lo pusiera más fácil, ojalá hubiera un reconocimiento social a esta profesión, ojalá el mundo entendiera que la ciencia es progreso, que la ciencia es calidad de vida, ojalá... pero lo que hay es lo que tenemos, son las reglas con las que jugamos, y hay que adaptarse a ellas, pelear y luchar, seguir adelante y avanzar, y cuando se tenga ocasión, cuando se tenga el poder para ello, cambiarlas y mejorarlas, para que otros no pasen las penurias que ya algunos pasaron, para allanar el camino a las generaciones venideras, para que los grandes valores puedan regresar a desarrollar este país, para que la ciencia impregne a la sociedad, genere saber y cultura, genere bienestar...hasta entonces, ánimo y a seguir.